

VESTIDA DE UNIFORME

DISFRAZADA DE MUJER



FRANCISCA NAVARRO



Ellos duermen, yo no. Desde hace tiempo el amanecer acompaña mi intimidad.

Los rayos de luz atraviesan la ventana invitándome a buscar el aroma de un buen café, abrir la puerta y refugiarme en mi rincón.

Aquí, flanqueada por el frondoso laurel y la fragancia de la mimosa, encuentro un espacio privado, donde solo tienen permiso para existir una taza, un cenicero y el portátil.

Tumbada sobre el balancín, acoplo la postura que el sol me indica, la piel no está para mucho trote, con suavidad abro la tapa del ordenador, busco con frenesí la odiosa flechita del ratón. Molesta, admito mi admiración por esta era tecnológica que permite llevar a cuestas toda una existencia en una cosa diminuta, tan diminuta que la pierdo varias veces al día, llamada *pendrive*. Lo más entretenido es adjuntar, pegar o mover los archivos de una vida según me viene en gana o a la memoria.

Aprender a manejar un ordenador ha sido un acto heroico, mucho más que aprender a manejar una goleada inagotable de «casualidades», esas que me han obligado a pasar por la vida con la misma pregunta en los labios: ¿por qué estoy siempre en medio del escenario?, ¿para qué? Aún no he logrado averiguarlo.

He decidido esperar la respuesta brindando un homenaje a esa vida que generosamente ha llenado la mía con una extensa variedad de guiones, plagada de amplios argumentos protagonizados por personas, personalidades y personajes.

Con empeño en la tarea, daré a cada uno asiento en su lugar, les abrocharé el cinturón del recuerdo, rodaremos por las pistas de la memoria y despegaremos hacia ese viaje que aún no tiene marcado su destino final.

PARA TI

*MI GUARDIÁN, MI GUÍA, DE TU MANO ME HAS
LLEVADO A CAMINAR POR UN MARAVILLOSO
LUGAR LLAMADO VIDA.*

Arrodillada junto a él, tomé su mano entre las mías, con el tiempo que ya no corre la fui llevando hasta mi pecho. Necesitaba que su contacto calmase el profundo dolor que ahogaba mi respiración. Despacio, me incorporé, sobre su frente incliné nuestros años de encuentros y desencuentros, la besé y a mis labios llegó el calor de su piel. Estaba conmigo, no podía dejarlo partir.

«¿Por qué ahora?», le increpé por sus promesas resquebrajadas entre las grietas de su silencio, brotando lágrimas que llevaban años desterradas en el rincón del cariño. Una voz llegaba lejana, perdida, se acercaba sin pasos.

—Mamá, él ya no está.

Con la vista nublada por la conciencia del momento, no quería entender. Estaba transmitiéndome un mensaje.

Me giré.

—¿Qué quieres decir?, ¿cómo sabes que se ha marchado?

—Mamá —me dijo con naturalidad—, ha abrazado a su hijo, se ha despedido de él, después he visto cómo una nube blanca salía de su cuerpo.

Como en un eco, escuché la realidad.

—Mamá, papá Víctor se ha ido.

Levantando lo que quedaba de mujer, volví a ser madre. Abracé a José, a Jaime. Se sentaron junto al padre de su hermano mayor. Velaban al hombre a quien habían querido, conocido. El hombre con el cual habían compartido juegos y risas. El padre de su hermano mayor les entregó su cariño, su generosidad y quien por su nobleza, desde siempre y para todos, se había ganado el nombre de papá Víctor.

Salí al jardín. Había comenzado a llover. Apoyado sobre un muro fuera de la casa, nuestro hijo se negaba a entrar donde su padre ya no estaba; empapándose bajo esa lluvia que lloraba junto a él, buscó consuelo a su juventud, a su orfandad.

Lo abracé pidiéndole al cielo cerrado que me ayudase a llevarlo por el camino de la aceptación, pero ese cielo me respondió que respetara su momento y cortase el cordón umbilical para que él volase libre en su dolor.

Desde aquella noche, una habitación permanece solitaria, muda, envuelta en la razón de un dolor que reposa en la butaca. Ahí sentada espero su presencia. Cierro los ojos, respiro con suavidad, le suplico en silencio que me ayude. La mente se ha quedado prisionera de esos recuerdos que viví a su lado.

Necesito que él me haga sentir que todavía está cerca. En un último grito de rechazo, le exijo que vuelva, me rodee con sus brazos y el sonido de su voz diga una vez más: «Chiquilla, estoy aquí».

SU CUMPLEAÑOS

A las ocho de la tarde en una pequeña capilla unimos las plegarias que encenderían la luz de su camino, el sacerdote tomó el papel y las palabras que alguien escribió con amor se llenaron de vida. Todos estaban allí, los rostros de aquellos que fueron la alegría de nuestro pasado y ahora eran el consuelo del presente; en ellos pude arrojar el llanto que no entiende de leyes, de esas que me obligaban a llevar en una mano el deber y en la otra el luto sin título.

Disfrazada de serenidad, supe disimular el dolor de una fiesta que no pude ofrecerle, las velas que ese día él debería haber soplado viajaban apagadas en el interior de mi maleta.

Me despedí de nuestro hijo, de mis hijos. Ellos se quedaban con la familia y yo, vestida de uniforme, arranqué el coche y me fui a Barajas.

El vuelo despegaba a las once de la noche. Sentada en mi puesto de azafata, me abroché el cinturón de seguridad, ansiando que en el clic del arnés llegara la evasión del dolor. Minutos más tarde, las voces de los pasajeros ayudaban a olvidar.

—Señorita, ¿podría cambiarme el auricular? Este no funciona.

—Señorita, ¿puede traerme más pan? —Todas las señoritas eran una bendición. Las idas y venidas por el pasillo, un alivio.

Cuando las luces se apagaron, los pasajeros de preferente comenzaron a reclinar sus asientos, nosotras a sortear el tiempo de descanso. Teníamos tres horas y media de guardia cada una. Yo haría el primer turno.

Con la oscuridad, el cansancio inundó el avión. Aquel silencio roto solo por la obligación de visitar a los pilotos cada media hora hacía que una imagen atrapara todos mis pensamientos: el *galley* —cocina del avión— se transformó en un espacio sin límites. Ya no encontraba ninguna excusa para evitar recordar las lágrimas, apoyé los brazos sobre la encimera y con las manos cubrí la cara para que nadie viese que ahora era solo mujer.

Minutos más tarde, o puede que una eternidad, un señor se levantó para ir al lavabo. Durante unos segundos, observé desconcierto en su mirada. Cuando salió, se acercó hasta mí. Continuaba en la misma postura de espaldas a la puerta. Con suavidad, rozó mi hombro y dijo:

—Señorita, ¿qué le ha sucedido?, ¿se encuentra bien? Durante la cena tenía una expresión más alegre, ¿ha sido algún impertinente?

El pobre señor no entendía el cambio en mi cara, como estaba vestida de uniforme, le respondí con una sonrisa nueva, fresca.

—No, señor, mis pasajeros son educados y simpáticos. —Era cierto—. Lo mío es por esos pequeños achaques femeninos, que lo mismo me da un sofoco que un sofocón.

El señor se echó a reír.

—Pero si es muy joven.

—Sí, señor, tan joven que nací casi con Iberia.

—Vaya forma que tiene usted de ponerse años, yo sí que soy un pasajero antiguo de Iberia.

Sus gestos al hablar, su tono educado acortando distancias sin acortar el respeto, delataban su antigüedad. Representaba otra época que ambos parecíamos haber compartido. Aproveché para

ofrecerle alguna bebida. Quería retenerle un poquito más. Su inesperada conversación era una enorme goma de borrar para la tristeza.

—Un *whisky* con hielo, por favor, eso me ayudará a dormir.

El señor con su vaso en la mano se despidió:

—Espero que se le pase pronto ese sofocón. —Regresó a su asiento y yo a continuar mi guardia.

Aterrizamos en Chile, llegamos al hotel, di al maletero mi número de habitación, algunos compañeros se fueron a desayunar, yo prefería salir a la zona de la piscina. Necesitaba sentarme al aire libre. La excusa de fumar era buena para sentir el aire fresco de la mañana, para desear que el sol diera algo de luz a la tristeza que se había metido en cada recoveco de mi mente.

No quería hablar. No podía contar. Anhelaba la soledad tanto como compartir el desahogo. No quería estar sola, pero tampoco pedía ayuda, pretendía que los demás adivinasen el luto que llevaba en el alma. Permanecía sentada observando la nada, algunos compañeros de la tripulación que regresaba a Madrid se acercaban a la terraza para encender un cigarrillo. Entre ellos estaba Susana.

Hacía muchos años que nos conocíamos, nuestra amistad se había forjado y mantenido dentro de un avión. Con o sin uniforme, siempre llevaba guardada como un tesoro, en su sonrisa, en sus ojos azules, una pícaro complicidad. En sus palabras, inagotables dosis de optimismo para regalárselo a quien lo necesite. Si un día ella se alegró de verme en el avión que aterrizó en El Cairo para rescatarla del conflicto que surgió en esa ciudad por unas ideas enfrentadas, hoy era yo la que era rescatada de un fuego cruzado entre el ayer y el hoy.

Al ver la expresión de mi cara, se acercó y en una sola frase exprimí el dolor, en su abrazo arrojé el llanto que llevaba trece horas escondido entre las nubes.

—Susana. —Le sonreí—. Gracias.

La vi alejarse con el resto de su tripulación, un pellizco de nostalgia se apodero de mí. Permanecí vagando por el hotel. Iba y venía a la sala que tenemos reservada para uso exclusivo de tripulantes de las diferentes compañías aéreas que viajan a Chile, me servía un café y volvía a la terraza, junto a la piscina. Fumaba unos cuantos cigarrillos sin preocuparme el tiempo. Transcurrieron varias horas haciendo ese recorrido, como si mi cuerpo no supiera ir a ningún otro lugar. En realidad, solo esperaba que el agotamiento emocional y físico me llevara a descansar.

Cuando por fin decidí entrar en la habitación, abrí el bolso, coloqué su foto en la mesita de noche y, enfadada, le regañé.

—¿Cómo te has ido así, tan rápido, sin despedirte de mí?

Y a Dios le dije:

—¿Por qué no pudo ser un poquito más?

Por mucho que gritara, por mucho que doliera, sabía que el destino había sido generoso con nosotros, tomé una pastilla y esperé a que hiciera efecto.

Apenas conseguí dormir tres horas. Sobre la una de la madrugada —hora de Chile— me desperté. Apresurada, cogí los cuadernillos que suelen poner en las mesitas de noche. Necesitaba plasmar hasta el mínimo detalle antes de que el amanecer borrara el alentador sueño que había tenido.

Estaba junto a Víctor. Agarrados del brazo, caminábamos por un bosque, entre grandes árboles, cuyas inmensas ramas simulaban tocar el cielo. El paseo era pausado, pero la firmeza de nuestros pasos indicaba que aquel camino no lo recorríamos por placer.

Un sentimiento extraño nos guiaba, estábamos ahí por un motivo, y ese era continuar avanzando. No corría el aire, nada se movía, todo semejaba un paisaje dibujado. El bosque nos llevó a un parque. Ramilletes de flores formaban parterres mezclando

colores verdes, rosas, amarillos, morados, todos en una intensidad que jamás había visto en ninguna paleta de pintor, y cada uno parecía ir marcando el sendero por el cual los dos debíamos caminar.

A cada paso sentía cómo Víctor se iba debilitando, su fuerza se agotaba y cada vez se aferraba más a mí. El momento nos regalaba una intimidad repleta de entendimiento. Él no me miraba, yo a él tampoco. Ambos sabíamos, comprendíamos con la misma quietud que el entorno nos cobijaba.

Sus piernas se doblaban. Apoyándose en mi brazo, volvía a ponerse en pie. Con dulzura, le ayudaba a levantarse. Seguíamos transitando en un maravilloso silencio. Según avanzábamos, percibía cómo él se iba apagando. Apenas podía mantenerse en pie. Entonces lo miré. Él me miró. En sus ojos pude leer que aceptaba, en los míos él podía leer que me negaba. En ese empeño de buscar alargar el momento, volví a levantarlo y entonces, de repente, ante nosotros había un hombre, surgía sin salir de ningún lugar. Era de estatura pequeña, tenía el pelo blanco y, a pesar de la madurez que expresaba su rostro, yo sabía que él era joven.

Vestía un traje similar a un mono de mecánico, el color era azul fuerte.

Con inmenso rechazo, intuía lo que significaba su presencia.

—Viene a buscarlo, ¿verdad? —pregunté llena de temor.

—Sí —respondió con tristeza.

—Por favor, déjelo un poquito más —le suplicaba llena de esperanza.

Volví la mirada a Víctor. Permanecía callado, cabizbajo, sumiso, esperando una orden que no deseaba negarse a cumplir. Parecía seguir ahí solo por mi desesperada petición.

Al levantar la vista, el hombre ya no estaba, había desaparecido. Ahora el dolor se iba transformando en un mayor empeño de no permitir que se soltase de mi brazo, necesitaba que siguie-

ra caminando conmigo. De algún modo sabía que, fuera donde fuera, yo tenía que estar junto a él. Ya no le sostenía, ahora arrastraba su cuerpo. Víctor estaba cansado, agotado.

De repente, el escenario había cambiado. El hombre de pelo blanco y mono azul volvía a aparecer, pero esta vez sentado tras una gran mesa de madera marrón oscura. Estábamos en una habitación. Era un despacho.

Frente a él, Víctor y yo, sentados en unas sillas colocadas cerca la una de la otra, de tal forma que él podía reposar su mano sobre la mía.

—Ahora sí tiene que marcharse —anunció el hombre con una serenidad que se llevaba lejos la esperanza.

—Por favor —le suplicaba desesperada—, un poco más, tiene que despedirse de su hijo.

—De su hijo ya se despidió, ahora ha venido solo a despedirse de ti.

Miré a Víctor. Él mantenía sus ojos hacia aquel hombre y su mano sobre la mía. Su piel hablaba lo que sus labios silenciaban. Estaba preparado.

De nuevo aparecíamos en el mismo parque, el mismo sendero, solo que ahora podía observar un banco de obra pintado de color blanco. Algo en mí decía que tenía que llevarlo hacia allí. Lentamente, recorrimos los pocos pasos que nos distanciaban de lo inevitable. Al llegar, con la misma dulzura que una madre acuna a su hijo, fui acostando su cuerpo. Entonces vi que en el mismo banco una chica estaba tumbada de espaldas. Yo no podía ver su cara, solo su pelo corto y moreno, pero sabía que era joven. El momento envolvió mi ánimo en una triste aceptación.

Sentía que él tenía frío y pensé: «Si Víctor tiene frío, entonces ella también lo tendrá». Sin saber cómo, en mis manos apareció una manta, con cuidado la fui extendiendo de forma que cubriese a los dos.

Arrodillada, me incliné. Besé sus labios. Sus ojos estaban en mí, alzó su mano para acariciar mi mejilla. Atrayendo mi rostro hacia el suyo, me ofreció un diálogo íntimo de amor y protección hacia nuestro hijo, susurró una frase, esa que aún permanece en mí: «Chiquilla, siempre te he amado». Tras pronunciar sus palabras, lentamente fue cerrando los ojos. En ese mismo instante supe que había comenzado un largo y eterno viaje.

Ese sueño había ayudado a dejar una huella donde podía mitigar el dolor. Una realidad, un anhelo, un deseo cumplido. No me preocupaba si era el dolor manifestado por el subconsciente o un sufrimiento liberado a través de un sueño. Nada me importaba porque nada ni nadie podría arrebatarme su beso de despedida.

A la mañana siguiente me vestí de uniforme, pues la verdad, al alcance de mis compañeras y en el vuelo de regreso a Madrid, escondidas en un recodo del *galley*, una de ellas ofreció su hombro y volví a ser persona.

Ya en casa, recibí otra triste noticia. La hermana de una compañera a la que había ayudado trayéndole vitaminas que decían que eran buenas para su enfermedad había emprendido el mismo viaje que Víctor.

LOS SUEÑOS RESPONDEN

He estado sintiendo su perfume grabado en las paredes de mi vida. He percibido su contacto acariciando mi angustia, serenando al ánimo ausente. De repente, en una fría noche de invierno, su olor se evaporó, su espíritu ya no estaba en aquella habitación. En silencio, acepté que a partir de ese momento nuestra unión quedaba atada al lazo de la fe.

Llevo un año pidiéndole consejos, que me deje sentir dentro las respuestas que a veces no consigo encontrar. Le hablo porque sé que desde algún lugar él me escucha y me guía. A veces lo hace en forma de pensamientos. Haga como lo haga, siempre es un soplo de energía que me anima cuando estoy muy decaída.

Una noche de septiembre volví a tener un sueño.

Víctor estaba frente a la fachada de un edificio en plena construcción, lo observaba detenidamente, parecía indicarme que también yo lo mirase con atención. Me acerqué a él y le rogué:

—Víctor, tienes que ayudarme, ¡no puedo más!

Su voz eran latidos dando forma al pensamiento.

—Chiquilla, esta vez no te puedo ayudar, yo no puedo hacer nada.

—¿Cómo que no puedes ayudarme? —le reclamaba indignada.

Ante mi desesperación, él parecía preocupado.

—Nada puedo hacer, tienes tu trabajo.

—¿Mi trabajo? Pero ¿qué hago con mi trabajo? —le preguntaba enfadada. Despacio, Víctor giró su cara hacia un lado, indicándome que alguien le acompañaba. Junto a él podía vislumbrar una figura. Un halo de color azul intenso la envolvía, sentía una voz imperiosa gritando:

—¡Traspasa la luz hasta que halles su forma!

En el instante que fui capaz de adentrarme, esa luz fue formando una imagen, era el mismo hombre que encontramos en su despedida.

Como si ya Víctor no pudiese, no tuviera permitido decir nada más, el hombre respondió a mi pregunta:

—Utiliza las herramientas —ordenaba la voz que salía de aquella luz azul.

—¿Herramientas?, ¿qué herramientas? —mi tono encerraba un reproche.

—Las que Dios te ha dado con tu trabajo.

Víctor volvió a intervenir, sus labios no se movían, su figura se iba desvaneciendo, pero de alguna forma, antes de marcharse, pude escuchar:

—Chiquilla, escribe ese libro.

—Víctor, ¿de qué libro hablas?, ¿por dónde empezar?, ¿qué contaré?

Antes de que su voz se acallara del todo, susurró:

—Comienza conmigo, yo te guiaré.

Desperté. Desperté a una nueva «realidad». El hombre de azul vino a mi memoria, comenzó a dibujar su nombre, era... ¡Jaime!, el hermano de Víctor.

«En la cuarta edición del *rally* Bosch, el Alpine pilotado por Bernard Tramont sufrió un grave accidente. Su copiloto, Jaime...». Aquel recorte de periódico estaba cuidadosamente doblado, guardado en la mesita de noche, siempre cerrado. Víctor lo tenía abierto en su corazón. Desde aquel fatídico 30 de agosto de 1972, en el puerto de Bidania, Tolosa, quedaban truncadas para siempre las ilusiones de Jaime, dejando a Víctor vagando por carreteras desoladas, buscando sin cesar la forma de aprender a vivir sin mirar hacia esa curva que arrancó la mitad de sí mismo. Jaime era su ídolo.

El papel redactaba sin necesidad de preguntar ni de hablar lo que sus grandes ojos marrones escondían tras esa mirada a veces ausente, a veces perdida en algún lugar de su memoria. Comprendí a esa parte de él que no lograba llegar.

En cada pliegue de esas letras impresas, Víctor mantenía el recuerdo de Jaime con la esperanza de que el tiempo no lo marchitara.

Con este último «sueño», nació la necesidad de averiguar, llamé a mi excuñado Borja para ver si él sabía el color del coche en el que competía su hermano.

—Era un Alpine de color azul.

Colgué el teléfono, creció la certeza de que el ser de luz era Jaime. El amor que desprendía a la vez que su determinación en la partida de Víctor dio un nuevo impulso a mis cada vez más firmes creencias.

Jaime había venido a buscar a Víctor. Los dos hermanos se habían reencontrado finalmente y para siempre estaban juntos.

Los días y las noches seguían su curso. Estar en casa era un refugio, volar, una evasión. Sabía que, si en un vuelo coincidía con alguna compañera de mi época, la soledad estaba descartada.

Por eso cuando en «firmas» —sala reservada a tripulantes para chequear hora de llegada al aeropuerto, presentación, reunión de tripulación para revisar todo lo relacionado con el vuelo que vamos a realizar— comprobé la lista de la tripulación y vi el nombre de Amparo, el ánimo se iluminó. El largo trayecto hasta Méjico, estaba convencida, sería acortando la distancia que marcaba el uniforme frente a la amistad.

Amparo, como Susana, son amigas-compañeras desde más allá de los tiempos, esos tiempos en los cuales la complicidad se llevaba envuelta en horas de compartir confidencias, penas, alegrías. A lo largo del tiempo, nuestro *galley* había existido como un espacio que abarcaba más de lo que se veía. En teoría, era la cocina del avión, en la realidad absoluta era un pequeño hogar que todos habíamos ido construyendo, quizás como una forma de sobrevivir a la distancia o quizás como una forma de vivirla.

Al llegar al hotel estuvimos en la habitación, charlando hasta que los ojos se cerraron de cansancio. A la mañana siguiente, después del desayuno, regresamos a la habitación; ella estuvo a mi lado, recordando anécdotas del pasado y, sobre todo, permitiéndome liberar mis porqués.

La personalidad de Amparo, fuerte, resistente, y su mente, bastante más práctica que la mía, sostenían verdades que yo obviaba.

—Oye —interrumpió Amparo entre café y café—. ¿Por qué no escribes tu vida?

—¿Estás loca?, ¿por qué voy a contarla?

—Porque es interesante.

—Será para ti, que eres mi amiga.

—No lo digo por eso, sino porque, hija, ¡a ti te pasa de todo!

—Amparo, a la gente también le pasan cosas.

—Sí, todos llevamos auestas algún popurrí de sucesos, pero, hija mía, ¡tú te has tragado el repertorio completo!

—¡Exagerada! Bueno, al menos no se me ha atragantado, intento digerirlo lo mejor que puedo.

—No me despistes el tema, estás evadiendo mi argumento.

—Y dale, si es que no tengo ni idea de qué hacer, y menos para quién o por qué.

Colocó la jarra de café sobre el escritorio de la habitación, apoyó sobre sus codos una firme decisión de hacerme espabilar, inclinando su delgada cara abrió los ojos para soltar su reto:

—Tú, la brujita de Iberia, tú, que tanto crees en los mensajes de los sueños, ¿no sabes interpretar lo que te dijo Víctor?
